

¡Hola! Soy Doroty -

Hoy quiero contarles la historia de una mujer sorprendente, de ochenta y cuatro años, llamada **Ana**. En el **Evangelio de Lucas, capítulo 2, versículo 36**, leemos de esta dama. Élla es descrita como una . . . **profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada, pues había vivido con su marido . . .** y luego esto suena muy complicado, pero desde el momento en que ella fue una doncella y tuvo su ciclo menstrual, a partir de esa fecha . . . **siete años desde su virginidad.**

37 y era viuda hacía ochenta y cuatro años; y no se apartaba del templo, . . . En otras palabras, en su vejez, ella estaba. . . **sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones.**

¡Ojalá, todas las ancianas quisieran hacer esto! Me parece tan obvio; ¡Ésta no es la época para pasarse los días jugando a las cartas y preguntándonos qué ganaremos en el Bingo! Es ciertamente el tiempo de entender que, incluso en nuestra vejez, podemos estar entrenando a aquellos que Dios ha puesto a nuestro alrededor y hablándoles de las cosas del Señor y estudiando la Palabra. ¡Oh, qué hermoso es tener una abuela maravillosa! Oh, tener a alguien que se preocupa, como la abuela de mi esposo quien se preocupó de que él junto con su hermana tuvieran una Biblia. Y que los ancianos tuvieran esa carga espiritual para dedicar mucho tiempo en oración. Oh, alabado sea

Dios por cada persona mayor que se entregará de esta manera. Ya seas viejo o no, puedes desempeñar ese requisito, incluso para hacer que tus días cuenten para el Señor.

Y luego leemos -

38 Esta, presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén. ¿Alguna vez has notado que cuando una persona viene al Señor, no pasa mucho tiempo antes de que otra persona también venga? Pero los tiempos del Señor son tan sorprendentes. Recuerdo que años atrás, estábamos en Canadá en una conferencia misionera, y alguien compartió una historia asombrosa de cómo habían estado en un área tan lejos de la población, muy al norte de todas las grandes ciudades. Ella sentía mucha inquietud por ir hasta aquel pequeño pueblo sin casi ninguna vivienda allí. Ella llegó y llamó a la puerta de este pequeño y divertido lugar, que parecía más bien tener la forma de un iglú. Estuvo allí de pie y, esperó y esperó. La puerta se abrió y apareció una señora muy, muy vieja. Ella entró en la casa de esa dama y le contó que estaba allí, porque había venido a compartirle las Buenas Nuevas, de que el Señor vino a este mundo como un bebé en Belén, y que Él vivió una vida sin mancha, para luego morir en la Cruz y llevar la carga del pecado tuyo y el mío y también el de esa anciana. Esta misionera continuó diciendo: "Pero él no murió simplemente; ¡Se levantó de nuevo y está muy vivo! Y, por Su Espíritu, Él quiere venir y vivir en tu corazón". Mientras le compartía esto, aquella amiga misionera, se sorprendió al escuchar estas palabras: la anciana de

100 años dijo: "Yo sabía que algún día vendrías. "La misionera dijo," ¿Qué quieres decir? Tú no me conoces". "No", dijo ella. "Yo sabía que el gran Dios que creó el cielo y la tierra, que pone las estrellas allí todas las noches, que crea todas las cosas que nos rodean - un día Iba a enviar a alguien para que me dijera cómo llegar a conocerlo y vivir con Él". Entonces, esta misionera tuvo la gozosa tarea y de abrir las Escrituras y mostrarle a esta dama de manera muy sencilla, mientras ella abría su corazón, que no era posible que ella pudiera alcanzar el cielo por sus propias obras y esfuerzos, sino únicamente mediante el sacrificio del Señor Jesús, el perfecto Cordero de Dios que murió en esa Cruz, y que ella debía recibirlo en su corazón. Y podría realmente saber que sus pecados fueron llevados para siempre jamás en el cuerpo de Cristo sobre aquel madero. Que el Señor no recordaría más esos pecados, porque Él ya había pagado el precio por ellos y ahora le estaba ofreciendo este hecho glorioso, que ella podría ser hecha totalmente nueva. ¡Totalmente nueva! El mismo cuerpo, ¡pero una nueva persona! Y así ella podría vivir con Él para siempre en el Cielo, porque ya no habría pecado dentro de ella, pues Jesús ya había pagado ese precio y estaba dispuesto a venir y vivir dentro de ella. ¡La señora con mucha satisfacción recibió esta oportunidad! La misionera contó que a la mañana siguiente ella regreso apresurada a la casa. Golpeó y golpeó, esperó y esperó y, al final, intentó abrir la puerta, entró y allí estaba el cuerpo de esta dama. Ahí estaba esta señora. El cuerpo estaba allí, pero esta mujer ya se había ido con su Señor. Como ves, era el tiempo de Dios.

Hoy es el momento de Dios para ti. Así como Ana entró en ese templo. Hoy, dile: Sí, únicamente Él puede ser mi Salvación. Su nombre es Jesús. Lo recibo para Su gloria, ahora mismo. Déjanos saber que lo has hecho.

En Nombre de Jesús. Amen.